

## LA MUERTE COMO CONSTANTE EN LAS CIENCIAS SOCIALES

Jordi Moreras

*Departamento de Antropología, Filosofía y Trabajo Social  
Universidad Rovira i Virgili*

**Resumen:** La manera en que la muerte es considerada en la sociedad sigue atrayendo el interés de las ciencias sociales. Como reflejo de las constantes transformaciones sociales que se experimentan, seguimos celebrando la desaparición de nuestros congéneres con el fin de reconfortar a los vivos, si bien lo hacemos de manera diferente, mostrando expresiones de duelo que ya no reclusimos en los espacios de intimidad.

**Palabras clave:** muerte, duelo, ciencias sociales

*Death as a pattern for social sciences*

**Abstract:** The way in which death is considered in society continues to attract the interest of the social sciences. As a reflection of the constant social transformations that are experienced, we continue to celebrate the passing of our loved ones in order to comfort the living, although we do it in a different way, with expressions of grief that are no reserved for private spaces.

**Keywords:** death, mourning, social sciences

Las ciencias sociales se han esforzado por explicar por qué los seres vivos, a lo largo de su existencia, han honrado a sus muertos. Esta constante resiste la comparación histórica e intercultural y ofrece multiplicidad de prácticas y rituales que se han interpretado como la expresión de una voluntad colectiva por querer acompañar al difunto en su último estadio, ya sea para conectarlo con ese más allá que las religiones monoteístas definen como 'el reverso paradisiaco de nuestra corta y pecaminosa vida terrenal' o para que el finado pueda transmitir a los ancestros que sus deudos mantienen intactas sus herencias. Cualquiera que sea el sentido que se le dé a la muerte, los vivos son convocados a demostrar el vigor de esos lazos sociales que compartieron con el difunto y con todos aquellos que se sienten apenados ante la desaparición de una persona afín.

La muerte es, ante todo, un asunto de vivos, tal como lo demuestran los siguientes ejemplos:

- El popular divulgador científico Eduard Punset dejó boquiabierta a la audiencia del programa *El convidat* (Televisión de Cataluña, emisión del 28 de septiembre de 2010) al afirmar que su muerte no era un hecho comprobado de acuerdo con el siguiente argumento: «Yo no me voy a morir porque estamos hechos de átomos y los átomos no mueren». Si la materia no se destruye, sino que se transforma, para Punset la muerte no parece ser más que un cambio en nuestra materialidad física.
- El cantante de The Doors, Jim Morrison, siempre mostró simpatía por la muerte. Llegó incluso a escribir: «People fear death even more than pain. It's strange that they fear death. Life hurts a lot more than death. At the point of death, the pain is over. Yeah, I guess it is friend». Veía en la muerte una alternativa paliativa a la vida. Quizá nunca llegó a imaginarse que su tumba en el cementerio parisino de Père-Lachaise se convertiría en una de las principales referencias de la necrofilia moderna.
- Un proverbio marroquí afirma lo siguiente: «Cuando fallece el muerto, se le alargan las piernas». Esto significa que cuando una persona muere, todos hablan de ella con total libertad, ya sea para alabarla o para hacer mención de sus malas cualidades. El hecho de recordar al muerto se convierte en una ocasión más para practicar el saludable ejercicio social del laudo y la crítica.

Por más paradójica que parezca la muerte con respecto a la vida, sigue siendo un momento distintivo para los miembros de toda sociedad, en el que los difuntos (¿acaso puede existir una alteridad más marcada?) recuerdan el carácter temporal del tránsito vital. Es por los vivos, en primera instancia, y por los difuntos, en segunda instancia, como forma de iniciar su acompañamiento hacia la otra vida, que han imaginado las diferentes tradiciones culturales, religiosas o laicas, que se elaboran rituales funerarios. Ya sean propiciatorios para unos u otros, es evidente que estos ritos —como buena parte del resto de los rituales sociales— se despliegan sobre una base de afinidad. Por ello existe lo que se llama *duelo*, cuya intensidad da pistas del grado de cercanía que se mantenía con el difunto. No obstante, parece que el duelo ya no solo se entiende como la expresión de una conmoción que se limita a un grado determinado de parentesco o amistad hacia el difunto. El duelo ha pasado de ser un mecanismo íntimo y familiar de mediación simbólica, que permitía que se emplazaran la muerte y a los muertos de los allegados en la vida social<sup>1</sup>, a expresarse de forma pública y ordinaria, y se ha convertido en una apelación a una identidad colectiva que vive sobresaltada permanentemente. Hoy en día también nos sentimos conmovidos ante la forma en la que tienen lugar algunas muertes, o por el hecho de que esta afecte a personas con una cierta notoriedad social. Socialmente no se puede permanecer indiferente ante el asesinato de niños o ante tragedias que se llevan por delante a un gran número de personas. Tampoco se puede permanecer ajeno ante la muerte de grandes líderes políticos o estrellas del cine, del deporte o del pop, puesto que se quiera o no, se nos convocará a participar en esas jornadas de luto nacional o de tragedia estética consecuencia de la desaparición de un personaje idolatrado. Somos conscientes de nuestra fragilidad sustantiva como miembros de una sociedad cuando nos conmovemos ante su desaparición, ya sea por el momento o la forma en que desaparecen.

Existen diferentes formas de conmoción colectiva ante la muerte: la primera de ellas supone honrar a los que han contribuido a que vivamos en una sociedad del espectáculo. Quien ha tenido una vida notoria difícilmente puede hacer que su muerte deje de ser noticia. Nadie olvida a los personajes míticos modernos, incluso a pesar de su vano intento por retirarse de la vida pública. Son los medios de comunicación los que alar-

<sup>1</sup> Patrick Baudry utiliza una bella expresión para referirse a este vínculo entre vivos y muertos: «Le monde des morts n'est jamais capable d'une parfaite autonomie» (BAUDRY, P. (2010): «Les enjeux de la scène du mourir», en J. C. Ameisen, D. Hervieu-Léger y E. Hirsch (dirs.): *Qu'est-ce que mourir?*, París: Éditions Le Pommier, p. 107).

gan la dimensión del mito anunciando la muerte de un famoso de otra época, dedicándole obituarios llenos de complicidad. Incluso si ese mito pertenece al olimpo del deporte o del celuloide, es posible que se le dedique un último recordatorio en portada, lo que hace despertar el suspiro en aquellos que vibraron con su arte. A aquellos cuyo mito les superó en vida difícilmente podrán tener una muerte íntima, apartada de los focos. Recuperar su pasado esplendor es una forma de reconocer hasta qué punto en nuestra sociedad necesitamos estas figuras.

También se expresa conmoción colectiva ante graves accidentes, desastres naturales o epidemias devastadoras. Puede entenderse que todos estos hechos apelan a nuestra conciencia de pertenecer a la humanidad, y no quedar indiferentes ante tales desgracias. Sin embargo, es justo reconocer que el recuerdo y la compasión hacia estas víctimas es resultado de una selección previa de estos hechos en cuanto que se han convertido en noticias. Miles de personas mueren a diario en el mundo y muchas de ellas de una forma trágica e injusta. Es una horrible pesadilla que no puede enjuagarse permanentemente mediante nuestro duelo público. Este se reserva para momentos concretos. Como, por ejemplo, ante el tsunami provocado en las costas del océano Índico en 2004, que provocó más de medio millón de muertos, o el terremoto de 2011 en Japón, con más de 20 000 muertos y con la destrucción de la central nuclear de Fukushima. En ambos casos, la naturaleza se desbocó, recordándonos que estamos a su merced; como también lo hizo la epidemia del Ébola que asoló Liberia y Sierra Leone entre 2013 y 2014, y que no empezó a preocuparnos hasta que fueron repatriados los primeros cooperantes hacia Europa. También nos conmovimos ante el fatal accidente del vuelo de Germanwings entre Barcelona y Düsseldorf, con 150 personas a bordo, que se estrelló en los Alpes franceses en abril 2015.

Si se aplica el argumento de David Le Breton, según el cual la emoción nace de la evaluación de un acontecimiento<sup>2</sup>, todos estos sucesos recientes deberían entenderse como momentos en los que nuestra sociedad occidental interpreta hasta qué punto ha visto amenazada su integridad. El Índico pasó de ser un paraíso para privilegiados turistas occidentales y se convirtió en una trampa mortífera; el accidente de Fukushima despertó el temor hacia la energía atómica de la que tanto depende Europa; el virus

2 LE BRETON, D. (1999): *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*, Buenos Aires: Nueva Visión, p. 112.

del Ébola se convirtió en un indeseado ente patógeno de visita por la atmósfera de las ciudades europeas; y el recuerdo del desastre aéreo en los Alpes pervive cada vez que el avión en el que viajamos inicia su descenso para aterrizar. La conmoción aparece como resultado de una potencial experiencia que bien pudimos haber protagonizado, convencidos de que esto nos podría haber pasado a nosotros.

No obstante, también hay que reconocer, sin cinismo, que nuestras conmociones sociales son selectivas, puesto que unas muertes nos sacuden más que otras. Aún recordamos el impacto de los atentados de enero y noviembre de 2015 en París sobre las opiniones públicas occidentales, pero prácticamente hemos olvidado que en ambas fechas, la milicia de Boko Haram asesinó a más de 200 personas en el noroeste de Nigeria, o que el terror sesgó la vida de 44 personas en Beirut. La conmoción se administra de forma cicatera, y conlleva en sí misma una porción de indiferencia.

No deja de ser paradójico el contraste entre esta invocación a participar en estos duelos colectivos y que al mismo tiempo se entienda que nuestros duelos particulares deben ser reclusos a la estricta intimidad. Los duelos también sufren la transformación de nuestros códigos de ordenación social. El desplazamiento desde el registro del misterio y lo sagrado al registro de la ciencia y la técnica genera un evidente efecto sobre los rituales, que pierden eficacia y que en palabras de Marta Allué, nos hace sentir «incómodos, encorsetados y fuera de lugar cuando nos despedimos de un ser querido. En el tanatorio expresamos al allegado nuestras condolencias con las frases de rigor y con nuestra presencia silenciosa en la iglesia alzamos la mirada del último adiós al difunto. El rito ha dejado de pertenecernos perdiendo con ello su significación»<sup>3</sup>.

En nuestra sociedad, la muerte provoca un proceso de contención social de los sentimientos. Se anuncia la muerte de manera discreta, quizá porque se intuye que quienes reciban la noticia experimentarán cierta sensación de incomodidad. De la misma manera, se transmite el pésame de una manera excesivamente formal, mediante frases como «te acompaño en el sentimiento» o «siento tu pérdida», que no dejan de ser eufemismos que nos excusan de expresar nuestros propios sentimientos. Yo vivo en un pueblo en el que todavía repican las campanas cuando alguien fallece, y se

3 ALLUÉ, M. (1998): «La ritualización de la pérdida», *Anuario de Psicología*, 29 (4), p. 76.

colocan pequeños letreros anunciando el nombre del finado, el de sus familiares y cuándo se celebrará su sepelio. Tengo vecinos a los que les sigue incomodando esa enunciación pública de la muerte; los mismos que hace un tiempo me enseñaron las fotos que hicieron en Verges (en la comarca del Baix Empordà) de la *dansa de la mort* durante la pasada Semana Santa. Las nuevas tecnologías de la comunicación siempre pueden echarnos una mano para disimular nuestra desolación: se sabe que la red social Facebook ofrece la posibilidad de convertir la página de una persona fallecida en una «cuenta conmemorativa, que proporciona un lugar para que amigos y familiares se reúnan y compartan recuerdos de un ser querido que haya fallecido»<sup>4</sup>. Desde febrero de 2015 este servicio permite que pueda designarse a un amigo o familiar como heredero digital para gestionar la cuenta, y hacer un comentario en nombre del fallecido anunciando el funeral o algún mensaje especial<sup>5</sup>.

Que nuestra memoria digital sea preservada tras nuestro fallecimiento puede considerarse una frivolidad por parte de algunos. Sin embargo, esto no es tan distinto al empeño de las grandes familias burguesas de Barcelona por construir sus mausoleos en el cementerio de Montjuïc, a caballo entre los siglos XIX y XX, y pasar a la posteridad<sup>6</sup>. Mientras que unos reservaron una parcela en el recinto noble del cementerio y contrataron a los arquitectos y escultores más apreciados de aquel momento, otros depo-

4 <[www.facebook.com/help/103897939701143](http://www.facebook.com/help/103897939701143)>. [Consulta el 13/02/2015].

5 «El “heredero” podrá también responder a las solicitudes de amigos o familiares del fallecido que no estaban conectados en Facebook, actualizar la foto de perfil y archivar los comentarios y fotos del difunto en la red social. Hasta ahora, la red social permitía, tras recibir la notificación de que una persona había muerto, que la cuenta en la red siguiese online, pero sin posibilidad de edición [...]. Nos dimos cuenta al hablar con gente que había perdido a un ser querido que podíamos hacer más para respaldar a aquellos que tienen algo que decir sobre lo que pasa con su cuenta después de muertos», afirmó Facebook en su blog (La Vanguardia [en línea], 12 de febrero de 2015. [Consulta el 13/02/2015]). Véase la entrevista a Stine Gotved, impulsora en 2002 de una red internacional de investigación sobre la muerte en línea (El País [en línea], 1 de noviembre de 2015. [Consulta el 2/11/2015]).

6 El antropólogo norteamericano Gary W. McDonough, en su monografía sobre las familias burguesas de Barcelona (McDONOUGH, G. W. (1989): *Las buenas familias de Barcelona*, Barcelona: Ediciones Omega), dedicó un capítulo entero a ello. Es interesante observar cómo, tras el paso del tiempo, el empeño de estas familias por pasar a la historia se ha convertido en realidad. Esta es la percepción que uno tiene al acudir a una de esas interesantes rutas monumentales que organiza la empresa que gestiona los cementerios barceloneses. Su memoria ya se ha convertido en (parte del) patrimonio de Barcelona.

sitan su confianza en sus amistades para que puedan seguir manteniendo vivo su recuerdo actualizando periódicamente su perfil en la red. El tiempo dirá si el mármol resiste más que los códigos binarios.

Mediante el recuerdo a los muertos se ha dado el primer paso para poder domesticar a la muerte. Esta es una de las ideas que plantea Fernando Gil Villa en su sugerente ensayo *La derrota social de la muerte*<sup>7</sup>. Sugiere que se ha domesticado y derrotado a la muerte, no tanto desde el punto de vista individual y biológico, sino por el hecho de haber generado una conciencia colectiva que ha sustituido el drama del duelo por una doble incorporación simbólica:

[...] la primera se lleva a cabo con la ayuda de personajes ficticios convertidos en héroes que habitan en la frontera de la vida y de la muerte. La segunda, gracias a la sensación constante de vivir en una sociedad que gira vertiginosamente y sin cesar, como un tiovivo; una sociedad en la que todo caduca —es decir, muere— por doquier y rápidamente; un mundo en el que parece que vivimos vidas prestadas, pues en nuestra misma situación, nuestros antepasados ya estarían muertos; un mundo donde llevamos existencias fantasmagóricas en espacios virtuales o en espacios físicos inseguros o caóticos (Gil Villa, 2011: 12).

El olvido de los moribundos, como ya dijo Norbert Elias<sup>8</sup>, facilita «olvidarse de la muerte en el normal vivir cotidiano» (1987: 29). Si olvidamos a los muertos para alejar de nosotros la muerte, no deja de ser una broma macabra el hecho de vivir rodeados de personajes de ultratumba (vampiros y almas errantes) o que ni siquiera han llegado a la tumba (como los zombis), que pueblan la publicidad y las series de televisión, y que, tal como argumenta Gil Villa, se han convertido en héroes para adolescentes y no tan adolescentes. Es esta una de las muchas contradicciones que acompañan nuestra vivencia social de la muerte, convertida en una constante no tanto por su carácter biológicamente inevitable, sino por el hecho de que gracias a ella, tal como nos recordaba Berger, los vivos podemos completar nuestra vida.

\* \* \*

7 GIL VILLA, F. (2011): *La derrota social de la muerte*, Madrid: Abada Editores.

8 ELIAS, N. (1987): *La soledad de los moribundos*, México: Fondo de Cultura Económica (FCE).

Los textos que se recogen en esta obra se presentaron en forma de ponencia en el XII Coloquio de la Red de Antropología Médica (REDAM), celebrado en la Universidad Rovira i Virgili, en Tarragona, los días 7 y 8 de junio de 2012, bajo el título de «Nuevas tendencias sociales y culturales de la muerte». El comité organizador de este coloquio estuvo formado por Marta Allué, Serena Brigidi, Neus Jàvega y Jordi Moreras.

Cada contribución ha pasado un proceso de revisión (*peer review*) por parte de dos evaluadores externos, y se han agrupado en torno a tres ejes temáticos: prácticas, rituales; espacios, transiciones; y representaciones, recomposiciones. La fase inicial de esta edición fue llevada a cabo por Natalia Alonso. El editor quiere agradecer la paciencia de los autores que han contribuido a esta obra por revisar sus textos iniciales y permitir que el resultado final haya sido sólido y coherente. La valoración final de la obra está en manos de los lectores.